

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA: “LA UTOPIA DE AMÉRICA” COMO UTOPIA PERSONAL

Laura Moya

Resumen

El ensayo pretende mostrar los fundamentos del pensamiento de Pedro Henríquez Ureña, miembro del Ateneo de la Juventud (1909-1914). Esta asociación civil y generación sentó las bases de la cultura mexicana contemporánea, al plantearse el problema del papel de los intelectuales en la sociedad, así como de la relación de lo mexicano con lo universal, y de lo latinoamericano y la cultura occidental, temas recurrentes a lo largo del siglo xx. El Ateneísmo en general y la vida y pensamiento de Henríquez Ureña en particular enfatizaron la importancia de una transformación de las estructuras morales y educativas de Latinoamérica, sustentada en el rescate de la llamada cultura de las humanidades, herencia fundamental de Occidente.

Abstract

This essay shows the foundations of the thought of Pedro Henriquez Ureña, member of the *Ateneo de la Juventud* (1909-1914). This civil association and generation set the bases of mexican contemporary culture, when it posed the questions of the place of intellectuals in society, and of the relation of the Mexican with the universal, and of the Latinoamerican with Western culture. The life and work of Henríquez Ureña emphasized the importance of the transformation of moral and educative structures of Latin America, supported in the rescue of the culture of the humanities, fundamental heritage of the West.

Pedro Henríquez Ureña, el espíritu ateneísta y la identidad cultural hispanoamericana

Las reflexiones en torno a los precursores del pensamiento sociológico en México así como los cimientos de la cultura moderna y contemporánea en nuestro país, tiene sus orígenes en uno de los grupos intelectuales más importantes de principios de siglo: el Ateneo de la Juventud (1909-1914). Esta asociación civil, grupo y generación enca-

bezó un movimiento de ruptura con el positivismo, a partir de la defensa de la cultura de las humanidades proceso cultural que se conjugó con la crítica a la política porfirista. Así, la libertad intelectual y la libertad política fueron las banderas del ateneísmo en ciernes.

El Ateneo de la Juventud significó el retorno al estudio de las llamadas preocupaciones metafísicas, tan criticadas desde la perspectiva positivista, y que se referían fundamentalmente a los principios de la filosofía ilustrada contenidos en la doctrina contractualista, la filosofía del derecho natural, la defensa de los principios de soberanía popular y el ejercicio de las libertades públicas. Asimismo, el positivismo se planteó la necesidad de arribar a un estadio de desarrollo que posibilitara la unidad del conocimiento, cuyo *status* de verdad radicaría en la ciencia. En el positivismo la unidad intelectual derivaría en unidad social.

Una generación como la ateneísta defendió en contra del positivismo, la validez de la libertad humana como fundamento del espíritu y por supuesto de todo proceso de conocimiento. Para el ateneísmo, éste se generaba no sólo a través del ejercicio de la racionalidad y de la reflexión causal, sino que existían múltiples formas de construcción del conocimiento igualmente válidas.

Los estudiosos de este movimiento han señalado que su núcleo intelectual estuvo conformado por Alfonso Reyes, Antonio Caso, José Vasconcelos y Pedro Henríquez Ureña (PHU). Sin embargo, la asociación estuvo integrada, según un recuento de Alvaro Matute por 69 miembros, entre los que se contaban abogados, historiadores, pintores, literatos, un ingeniero como Alberto J. Pani y un médico como Alfonso Pruneda. Destacaron en particular los nombres de Martín Luis Guzmán, Julio Torri, Ricardo Gómez Robelo, Jesús Acevedo, Enrique González Martínez, Manuel M. Ponce, Diego Rivera, Angel Zárraga entre otros. Paradójicamente muchos de ellos fueron formados en la mejor tradición positivista, marco de referencia para emprender la crítica y declarar las limitaciones políticas e intelectuales de dicha corriente sociológica.

El espíritu ateneísta representó un intento por resignificar la cultura y los problemas de México e Hispanoamérica desde la perspectiva de nuevos marcos interpretativos que incluyeron el humanismo griego, las lecturas de Kant, Nietzsche, Schopenhauer, Bergson, Boutroux, Croce, José Enrique Rodó, entre otros. El Ateneo de la Juventud se planteó como objetivos, trabajar en favor de la cultura y el arte. Para lograrlo, se organizarían reuniones públicas en las cuales se daría lectura a trabajos

literarios, científicos y filosóficos. Además sus miembros escogerían temas para dar lugar a discusiones públicas.

Pedro Henríquez Ureña, es entre los ateneístas uno de los autores más representativos de las preocupaciones políticas, sociológicas, filosóficas y literarias del Ateneo de la Juventud. Consideramos que si bien Pedro Henríquez Ureña, no es precisamente un sociólogo, una lectura intencionada de su obra, ofrece una veta de conocimiento que permite rastrear cómo fue planteado y analizado uno de los problemas más significativos del pensamiento sociológico y que se refiere al proceso de conformación de las identidades colectivas y en particular, la *constitución de la identidad cultural hispanoamericana*.

Henríquez Ureña tuvo entre sus preocupaciones intelectuales y políticas la posibilidad de emprender un amplio proyecto civilizatorio que denominó como la *Utopía de América*. En éste, Henríquez Ureña vio en la cultura de las humanidades heredada de los griegos, una oportunidad para cultivar un espíritu crítico del mundo circundante, capaz de juzgar, comparar y experimentar. Su *Utopía de América* aspiraba al acceso de la modernidad, bajo el ideal del perfeccionamiento individual constante.

Sin embargo, la entraña de la utopía se fundaba no sólo en una aspiración, sino en una realidad cotidiana. Este proyecto civilizatorio denominado como utopía, ubicó la esencia de la identidad hispanoamericana bajo la representación común del mundo contenida por el idioma español, y su función vinculante en el continente. Henríquez Ureña comparte con Antonio Caso y José Vasconcelos, la inquietud de resolver el problema hispanoamericano dado por la tensión entre lo universal: la cultura humanista, y lo particular dado en este caso por la expresión original generada por el idioma español.

El pensamiento de Pedro Henríquez Ureña, comprendió la relevancia de su circunstancia histórica, al asumir que su conocimiento derivaba en la obligación moral de promover nuevos proyectos. Centró su atención en la dimensión de la vida cultural, como el horizonte que posibilitaría la perfectibilidad moral y espiritual de Hispanoamérica, sustento de todo cambio estructural. Así los aspectos del pensamiento del autor referidos a la *Utopía de América*, le permitieron establecer un contraste entre el mundo ideal por él deseado y los problemas acuciantes de su tiempo. La consecuencia natural de este proceso fue el constante impulso a la creación de instituciones y actitudes que contribuyeran al forjamiento

del espíritu crítico y humanista. De lo anterior, Henríquez Ureña dio cuenta en toda Hispanoamérica.

En un intento por conocer el pensamiento de Pedro Henríquez Ureña referido a la identidad cultural hispanoamericana, decidimos adentrarnos en una veta complicada que se refiere a la exploración de ciertos pasajes de su vida, que explican la tensión existente en muchas páginas de su obra. Así, el objetivo fundamental de este trabajo, consiste en tender un puente entre las ideas del autor en torno a la utopía de América, su bagaje filosófico, sociológico y cultural, con la otra utopía que le dio sentido a su trayectoria intelectual y su perfil existencial: la de lograr el anhelado arraigo en algún lugar de la patria Americana.

Para explicar lo anterior, hemos desarrollado el ensayo en otros tres apartados. En el primero, titulado "De la utopía de América a la utopía personal", realizamos un apretado repaso de las ideas centrales que explican los fundamentos teóricos e históricos del proyecto cultural contenido en *La Utopía de América*. Asimismo, intentamos una reflexión sobre la dimensión utópica del pensamiento de Henríquez Ureña, lo cual significa un análisis sobre como se vinculó en su obra una dimensión filosófica sobre los referentes de la cultura hispanoamericana, con un diagnóstico sociológico sobre el problema de la identidad.

Al emprender una revisión de las diversas obras del autor referidas al tema, persistió nuestra duda sobre cuál sería el origen de esa obsesión de Pedro Henríquez Ureña por el problema del desarraigo, la identidad y la crisis en nuestros sentidos de pertenencia, en las primeras décadas del siglo XX. Como afirmamos más adelante en este ensayo, descubrimos paulatinamente que la ansiedad de Henríquez Ureña por pertenecer, sólo provenía de su sentimiento de sentirse ciudadano de América, lo cual implicó en la realidad no echar raíces definitivas en ninguna parte.

Su condición errante por Hispanoamérica orientó el estudio que intentamos en el segundo apartado titulado "De la utopía personal a la utopía de América" y que a su vez subdividimos en dos partes: "La infancia y la patria como destino", "Virajes intelectuales", en los que reunimos testimonios de algunos de sus biógrafos y logramos engarzarlos con los principales rasgos de la utopía de América de Pedro Henríquez Ureña.

Finalmente, desarrollamos en el último apartado, un recuento de sus viajes, colaboraciones en periódicos y revistas, así como de sus obras más importantes. Emprendimos así un viaje que de ida nos permitió apreciar el sustento filosófico, cultural y hasta sociológico de sus ideas;

en el retorno pudimos ver el rostro a veces angustioso de su autor. Encontramos que su desconsuelo no fue estéril: su obra y legado encontraron tierra firme en toda América al devolvernos nuestra memoria cultural.

Pedro Henríquez Ureña: de la utopía de América a la utopía personal

Una primera aproximación a la obra de Pedro Henríquez Ureña (PHU) centró nuestra atención en los aspectos filosóficos y sociológicos de su pensamiento en torno a la utopía de América, como la base del proyecto cultural y moral que el autor vislumbraba para la América Española. Encontramos en muchos artículos y algunos de sus libros un complejo conjunto de ideas perfectamente engarzadas a lo largo del tiempo, a pesar de sus virajes entre la crítica literaria, y el énfasis ético y estético en su evaluación constante de la civilización hispanoamericana.

En el intento de adentrarnos en su pensamiento, logramos vincular sus ideas fundamentales, en un sistema coherente y significativo que a continuación resumimos en términos generales.

La identidad cultural hispanoamericana.

Una pregunta fundamental que atraviesa la entraña del Ateneo de la Juventud, consiste en cuestionar cómo tuvo lugar el proceso de construcción de la identidad cultural hispanoamericana. Esta pregunta alcanza su dimensión real en el contexto de la convicción de los ateneístas de que el sustento de la transformación del individuo y de la sociedad estaba dado por una profunda reforma moral, es decir, por la existencia de un cimiento ético de perfil humanista que cohesionara nuestros referentes de identidad cultural, más allá de fronteras geográficas.

Nuestra inquietud radicó en rastrear en la obra de Pedro Henríquez Ureña, el conjunto de conceptos que organizaban la creencia del autor en cuanto a la necesidad de emprender un amplio proyecto civilizatorio que denominó la utopía de América. La reconstrucción del discurso sobre el tema se desplegó en dos dimensiones: el análisis de la cultura como un problema moral y el significado del pensamiento utópico de PHU.

a) La concepción de la cultura como problema moral radicó en comprender la necesidad que el autor veía de divulgar los valores de la cultura humanista, que partía de la convicción compartida por su generación, de acceder a la modernidad a partir de una reforma moral de corte individualista, apoyada en la intuición como fuente legítima de conocimiento y profundamente sensible frente a la estética en tanto máxima manifestación del espíritu. En este sentido, la cultura humanista sentaría las bases tanto de la cultura nacional como de la identidad hispanoamericana (Henríquez Ureña, 1978 d).

Para PHU este proceso significaba ubicar la esencia de la identidad hispanoamericana bajo una representación común del mundo contenida en el idioma español y su función vinculante. Sin embargo, la América española había visto atravesada su historia por un conflicto vital que permanecería por siempre: la constante confrontación entre lo particular y lo universal, entre lo nacional y lo cosmopolita (Henríquez Ureña, 1978 f).

b) La dimensión utópica del pensamiento de Pedro Henríquez Ureña se explica por el hecho de que el autor no centró su atención en las estructuras socioeconómicas o políticas del mundo hispanoamericano, sino en la dimensión de la vida cultural como el gran horizonte que permitiría la perfectibilidad moral y espiritual. El utopismo de PHU le recordó que las sociedades hispanoamericanas tenían limitaciones y que aún estando conformes consigo mismas, eran concebibles otras formas de vida. Con lo anterior logró una perspectiva de los problemas de su tiempo, en contraste con el mundo ideal por él deseado (Henríquez Ureña, 1978 a).

Como es bien sabido, el sentido de las utopías en nuestro siglo ha radicado no tanto en su viabilidad en sí, sino en la capacidad que han encerrado para permear de sentido las prácticas que se orienten hacia su realización. Este fue el producto más tangible en las tareas crítica y docente de PHU, es decir en la tarea socrática que desplegó durante toda su vida (Kateb, 1977).

Las bases del proyecto civilizatorio

El proyecto cultural de nuestro autor se sostiene en tres grandes pilares conceptuales: la reflexión en torno a la cultura de las humanidades, el significado de la utopía de América, y la idea de la literatura como gran ámbito de realización de la utopía.

a) La cultura de las humanidades que PHU tiene como modelo, se remontó a los griegos, quienes introdujeron la idea de progreso frente al valor eje de las culturas orientales: el de la estabilidad. La inquietud por el progreso surgió cuando los griegos descubrieron que el hombre podía vivir mejor individual y socialmente, sin descansar hasta averiguar el secreto de toda mejoría. Lo anterior daba lugar al cuestionamiento constante del mundo y sus actores, bajo un espíritu que juzgaba, comparaba y experimentaba sin tregua (Henríquez Ureña, 1978 d)

b) La utopía de América que entraña la obra de PHU, se desprende de dos textos publicados en 1922 y 1925 respectivamente: "La utopía de América" y "Patria de la justicia". Para PHU la idea de utopía no tenía un carácter de ilusión o quimera, sino que se constituía en una categoría antropológica e histórica. El deseo de mejoramiento y del potencial individual para lograrlo, mediante la discusión, la crítica y el desarrollo de la vida espiritual, era la gran aportación del pensamiento griego al ideal utópico.

Este vivo deseo queda plasmado en "La utopía de América", el texto, el cual se circunscribe a diagnosticar la situación mexicana de crisis después de la Revolución de 1910, para vislumbrar a esa coyuntura, una doble oportunidad: de crítica hacia el pasado y la de fundar un nuevo tipo de civilización. Esta reflexión se ve matizada en el segundo texto aquí citado, en el que señala como el ideal de justicia estaba antes que el ideal de cultura. Sólo así la América Hispánica volvería a ser lo que muchos soñaron en el siglo XVI: un continente de realización de los mundos soñados (Henríquez Ureña, 1978 i).

La concepción del mundo de PHU tiene raíces profundas, entre las que pudimos desenterrar básicamente dos: la primera radica en la importante presencia de José Enrique Rodó de quien hereda la reivindicación del idealismo, la espiritualidad, el trabajo y el sentido estético, frente al materialismo, sensualidad y utilitarismo de la cultura americana. El mensaje de Rodó estaba dirigido a una juventud ideal y dentro de ella, a una élite intelectual. Su intención era formar un ideal en la clase gobernante y llevar instrucción a la mayoría ignorante. (Henríquez Ureña, 1962). Observamos que observar PHU comparte con Rodó también una de idea fuerza, un móvil vital que impulsara el destino humano: los hombres se creaban continuamente a sí mismo, de ahí el papel determinante de la educación para afianzar la vocación. Esta fue sin duda una de las tareas a las que PHU dedicó más horas en su vida: la formación intelectual y ética de quienes tuviera a su alcance.

La segunda raíz arraigada en el pensamiento utópico de PHU fue la presencia nostálgica de una España idealizada: la de los siglos de oro, la conquistadora de América, la protectora de su isla pionera, Santo Domingo, en instituciones heredadas de aquélla. España fue la médula de su utopía. Sin duda el punto de unión de la raza hispanoamericana entendida ésta como una entidad espiritual, estaba dado por la cultura en general y en particular por la comunidad del idioma (Henríquez Ureña, 1978 c). Cada idioma llevaba consigo para PHU, un repertorio de tradiciones, creencias, actitudes, que conformaban una visión común del mundo. En este sentido, España había logrado sentar las bases de nuestra identidad cultural, a través del idioma español y de ser además la portadora de la cultura humanista en América y de una nueva utopía que encarnó al fundirse razas y culturas.

c) La literatura como ámbito de realización de la utopía significó para el ilustre dominicano una especie de tierra fértil que abonada apropiadamente daría los frutos deseados. PHU escribe su historia literaria de la América Española no sólo por el vacío intelectual en el que se encontraba, sino además por considerar a la literatura como la búsqueda de nuestra expresión más perfecta, porque en ella a diferencia de otras manifestaciones artísticas, intervenía la creatividad, el sentido estético y el uso del idioma español, portador de los valores de la cultura latina, con sus principios de perfección individual y colectiva.

En *Las corrientes literarias en la América Española*, PHU derrocha sabiduría y algo más; una idea liberal e ilustrada de la historia, donde la historia de la civilización era la historia de la ilustración. A pesar de ser un pensador moderno, su historia es un proceso sin fin o meta última, pues su trasfondo no era sólo el progreso. Es una historia formada por el flujo y reflujo de aspiraciones y teorías en busca de nuestra expresión perfecta. El ansia de perfección era la realización de la utopía de América, siendo su manifestación más clara la literatura. Era además la única forma de alcanzar la originalidad por la conjunción de lo universal, entendido aquí como la cultura de las humanidades, con el contenido cultural de la tierra de origen (Henríquez Ureña, 1978 e).

De la utopía personal a la utopía de América

La dimensión filosófica y sociológica del pensamiento de PHU no puede ser comprendida a profundidad, sin la consideración de que el problema

del arraigo, de la identidad y de los sentidos de pertenencia, se vincularon estrechamente con los aspectos más importantes de la biografía del autor que nos ocupa. Lo anterior ha redundado en un intento por vincular la dimensión intelectual (la obra) con las preocupaciones existenciales del famoso dominicano.

La posibilidad de este vínculo se originó al intuir en la lectura de discursos, libros y ensayos, una ansiedad por pertenecer, la cual sólo podía provenir de un profundo sentimiento de desarraigo. De ahí que consultamos a sus biógrafos y rastreamos una vez más los escritos que denotaban pesimismo y una gran desolación en el autor, y que contrastaban con el perfil de un Pedro Henríquez Ureña, idealista y con un profundo sentido de la vida al plantear la utopía de América.

Revisamos tres biografías de Pedro Henríquez Ureña: la de su hija Sonia titulada *Pedro Henríquez Ureña: Apuntes para una biografía* (Henríquez Ureña S, 1994); otra de Alfredo Roggiano, *Pedro Henríquez Ureña en México* (Roggiano, 1989) y finalmente la de Juan Jacobo de Lara: *Pedro Henríquez Ureña, su vida y su obra*. De ellas rescatamos algunos detalles que permitieran explicar el motivo de su impulso vital, y de la tensión permanente entre su vida y la obra. Intentamos así tender un puente entre la utopía de América y la suya propia, en el tejido de su vida.

Encontrar el hilo de la madeja que condujera a la entraña personal de la obra de Pedro Henríquez Ureña, dio por resultado aglutinar el material revisado en tres grandes temas: "La infancia y la patria como destino"; "Virajes intelectuales", "El desarraigo como forma de vida: Un extranjero en América". En el desarrollo de cada uno de estos incisos procuramos trazar algunos de los elementos y pistas que permitan indagar cuáles son las motivaciones profundas y personales de la obra del autor.

La infancia y la patria como destino

Al revisar cómo ha sido reconstruida la vida de Henríquez Ureña, encontramos como tema recurrente el de la vocación intelectual de la entraña familiar, asimismo localizamos otra interpretación en la que se le concede un gran peso a la historia de la República Dominicana como una de las variables que explicarían ese sentimiento de desarraigo siempre presente en los días del autor, y que contrastaban con la

demanda imperiosa de sus escritos por fundar una patria cultural común. Nos referimos a continuación a ambas vertientes de análisis.

Los biógrafos de Henríquez Ureña coinciden en señalar el peso tan importante que tuvo en su vocación intelectual, el ambiente familiar como raíz afectiva que marcó su destino. Bien sabido es que provenía de un hogar donde la educación era la vida. Su madre fue Salomé Ureña de Henríquez, poetisa que en 1881 bajo la influencia de Hostos creó el Instituto de Señoritas de donde surgieron las primeras maestras dominicanas. Su padre, Francisco Henríquez y Carbajal fue abogado y médico quien trabajó como director de la Escuela Preparatoria también creada a instancia de Hostos, cuya presencia en Dominicana data de 1879. La formación de estas instituciones que dirigían sus padres, el mantenerlas y defenderlas, se enfrentaba a la resistencia de instituciones como la Iglesia Católica, hasta entonces organización monopolizadora de la educación privada y religiosa. Este esfuerzo prolongado contribuyó a renovar la educación oficial con programas y métodos modernos y laicos.

Podríamos decir que Henríquez Ureña recibió una influencia muy temprana sobre la vocación docente como uno de los grandes pilares de su vida, gracias a la figura de Eugenio María de Hostos, lo cual despunta con claridad dada su confianza profunda en la razón como fundamento moral del comportamiento humano. Hostos afirmaba que la moral nacía del reconocimiento del deber por la razón: el hombre era más hombre cuanto más hacía lo que debía (García Morales, 1992: 11). Para PHU formar vocaciones tuvo sin duda el imperativo de un deber e imitó la trayectoria de este maestro de América para convertirse en uno más de ellos, con un afán de civilizar la América Española y de fundar instituciones.

Afirmar que el hogar de PHU fue una escuela es literalmente un hecho y no una metáfora. No sólo sus padres se encargaron de la educación de Pedro y sus hermanos hasta 1893, sino que además desfilaban por su casa las figuras más importantes del mundo intelectual de aquellos días: Martí, Hostos, Emilio PrudHomme, entre otros. Sonia Henríquez Ureña describe en sus apunte biográficos sobre su padre, cómo en las frecuentes reuniones a las que con naturalidad asistían los niños de la casa se recitaba, se discutía, se intercambiaban novedades intelectuales y políticas, de modo que fue natural para ellos aficionarse a hacer antologías de poetas, a elaborar periódicos que circulaban dentro

del ámbito familiar, a hacer representaciones teatrales, a escribir poesía y prosa.

En recuerdo de esos días en octubre de 1892 Pedro Henríquez Ureña escuchó a su madre recitar por última vez una de sus poesías. PHU escribió: "Había ignorado yo hasta entonces el poder de la palabra y la magia del verso. Pero a partir de ese momento la literatura sobre todo la poética, fue mi afición favorita. Descubrí que mi madre era una poetisa afamada" (Henríquez Ureña Sonia, 1993: 13). Estas palabras ilustran no sólo el contacto temprano con la literatura, sino además un vínculo filial que le hizo percibir en ella el ámbito de realización de la utopía de América, en su ansia de perfección.

La segunda interpretación a la que hacemos referencia es un ensayo de Enrique Krauze, en el cual sostiene que efectivamente la biografía individual de PHU no se entiende sino a partir de la biografía de la República Dominicana que aún brevemente no está por demás recordar. Esta pequeña nación permaneció leal a España y gozó de ser la primogénita en instituciones al convertirse en primer suelo pisado por Colón. Hacia 1697, España cedió la porción occidental de la isla y con la ayuda de los ingleses en 1809, vuelve a unirse a España. En 1821, España enfrenta la disgregación de sus colonias y la República Dominicana nació a una independencia forzada. De inmediato buscó el abrigo de Colombia, pero en 1822 la invaden los haitianos. La dominación duró 22 años, siendo su designio el borrar las huellas de la presencia española. Ya en 1844 se inaugura un periodo de reorganización y sufre las dictaduras de Buenaventura Báez y de Pedro Santana. De 1861 a 1865 vuelve la Dominicana a unificarse a España; y entre 1882 y 1899 asume el poder un nuevo dictador: Ulises Heureaux. Al morir asesinado en 1899, se inicia una época de inestabilidad que será aprovechada por el imperialismo norteamericano: en 1905 ocupa las aduanas y en 1906 invade el país hasta 1924.

Parece plausible la idea de cómo el arraigo cultural de la nostalgia por España y el agravio constante por el abandono y la invasión, fueron ideas que impactaron profundamente los años en que PHU creció. Cabe recordar que en las postrimerías del siglo XIX cuando muchas naciones latinoamericanas ensayaban su acceso a la modernidad y al progreso, en la vida dominicana dominaba un recuerdo de una hispanidad que se diluía. Hemos advertido como PHU vio en España el origen de la cultura de las humanidades, portadora de la utopía y del lazo vinculante más poderoso: el del idioma español. Sin embargo, su idea de España no es

la de aquella nación en el presente, sino la del Renacimiento y el Siglo de Oro receloso siempre de las culturas invasoras: Francia y Estados Unidos. PHU en palabras de Borges “engañó su nostalgia de la tierra dominicana suponiéndola una provincia de una patria mayor: América” (Borges, 1960). De ahí suponemos un destino siempre errante en España, y en la América Española: Cuba, México, Argentina y República Dominicana en donde no pudo terminar con el exilio, ya en la época de Trujillo. De ahí proviene quizá, una de las ideas más enraizadas en el pensamiento del autor: buscar la integración a una “fraternidad ideal” por encima de las diferencias religiosas, regionales y raciales en lo cultural (Krauze, 1986: 18). La idea de patria es aquí, humanista y espiritual, sin fronteras que permitieran arraigar en cualquier punto de la América Española.

Este panorama puede explicar la condición fundamental en la que se desarrolló la vida de PHU: la de ser siempre un exiliado. Quizá una gran necesidad de reconocimiento en tierra ajena para lograr un espacio vital, lo llevó a trabajar con una intensidad fuera de lo común, y con una angustia constante por ganar tiempo. Su vida, se desarrolló bajo una permanente inseguridad; en palabras de Krauze, todo cuanto lo rodeaba era algo provisional que podría quebrarse en cualquier momento. Por esto, nunca desperdiciaba la ocasión para guiar, aconsejar, enseñar y discutir; para ejercer un “apostolado” de crítica y docencia. Alfonso Reyes lo observaba fatigado, entristecido, incansable en el trabajo. Rememorando unas vacaciones de 1917 en España, después escribió:

Su pensamiento no descansaba nunca. Mientras seguía el hilo de una charla, iba construyendo para sí, otra interior figura mental. Y al revés dejaba correr su charla sin percatarse aparentemente, de las cosas que lo rodeaban. Esta impresión era engañosa: no contaba uno con su ubicuidad psíquica...

Asimismo en una carta a Julio Torri en esos años, afirma Reyes:

Me ha quedado un recuerdo muy doloroso de Pedro. Estuvo aquí como envuelto en un sonambulismo constante. O Pedro se ha fatigado mucho o ya no puede con los dolores físicos y morales. De los morales, ya lo sabes, apenas habla y casi es inútil intentar consolarlo. De los físicos se queja el pobre todo el día. ¿Qué hace

Pedro? En lugar de descansar de un modo completo y dedicarse a pasear, se puso también a trabajar... Pedro no descansa a ninguna hora, porque en los momentos que el resto de los hombres dedicamos a comer o a dormir o a charlar de vaciedades, él lee libros o discute asuntos serios. Pedro va en camino lanzado al agotamiento, si continúa así. Por lo demás es inútil decirle nada, porque no le cree a uno. ¿Qué hacemos con él? Aquí le han hecho insinuaciones de que se venga a trabajar a España. Son pocas las posibilidades pero podrían buscarse. Lo que hay es que él se negaba a todo con una especie de horror" (Henríquez Ureña, S. 1993: 71-72).

Así la tesitura de su existencia, fue una sensación constante de tristeza, añoranza y agobio desde muy temprana edad y que permanece a lo largo de los años. Juan Jacobo de Lara dice: "Su biografía nos revela que desde la primera adolescencia y toda su vida, la primera religión de Pedro Henríquez Ureña fue el trabajo. Desde niño conoció el sufrimiento, tuvo pesimismo y lo revela más que en su prosa, en su poesía y en sus cartas. En una íntima que escribió a los dieciocho años decía "¿Que yo no conozco al mundo? Yo sé todas las amarguras de la vida y ningún amago o sonrisa de la suerte me encontrará desprevenido... yo pesimista de corazón pero jamás de práctica, tomo de la vida lo mejor" (De Lara, 1975: 25).

Es bien sabido que el escenario en el que se desarrolló la obra de PHU fue de constante inestabilidad económica, de dependencia e incomodidad. Una pregunta importante que puede plantearse al descubrir esta dimensión de la vida de PHU, es si la inestabilidad y la inseguridad, resultan suficientes para explicar por qué el autor no escribió en medio de tanto trabajo, su propia obra, su propia literatura, prefiriendo ser siempre un crítico de primerísimo nivel. Parte de la respuesta puede estar en una sensación de vacío que se produce al traducirse la inestabilidad en escepticismo. De ahí su sed insaciable de saber y su erudición; ningún planteamiento, ninguna idea parecía estar acabada. ¿Podría escribir frases deslumbrantes, bajo su propia ansia de perfección? Es probable que este móvil lo paralizara a la hora de escribir otra cosa que no fuera filosofía o crítica literaria. Optó por la erudición como bagaje infinito de conocimientos que le permitieran construir una historia de la literatura hispanoamericana, "con criterios de selectividad (antologías y estudios introductorios) o de exclusividad (ediciones en las que presen-

taba obras, autores, corrientes, épocas y generaciones con rigurosa hermenéutica)" (Krauze, 1986: 44). Este imponderable tesoro de saberes, fue el producto de un largo proceso de aprendizaje, discusiones y rectificaciones que permearon cada una de las páginas escritas por PHU.

Virajes intelectuales

En la obra de Pedro Henríquez Ureña pudimos detectar tres grandes influencias que marcaron la filosofía desde la cual razonaba y recreaba el mundo: la cultura griega, el positivismo y el modernismo. De cada una de estas vertientes retoma elementos importantes y vive también momentos de ruptura, fundamentalmente con el positivismo y el modernismo que sin embargo, tiene sus matices para conformar una amalgama de ideas compleja e irreductible a principios absolutos.

a) El helenismo

Cuando PHU arriba a México por primera vez en 1906, confiesa su helenismo y encuentra un ambiente estimulante en el mundo intelectual mexicano. Cabe recordar que el rescate de la cultura griega se encontraba en auge en los Estados Unidos y en Europa; para nuestro autor la historia de la cultura occidental era una continua resurrección de la antigüedad griega, y justo en ese momento se trataba de revivirla. Como es bien sabido, entre las lecturas de iniciación de los futuros ateneístas destacó en particular la revisión de la literatura, cultura y filosofía griegas que se convirtió en un molde intelectual y moral de esa generación. Alfonso García Morales señala que, en 1907, Grecia les parecía a PHU y a Jesús Acevedo la última moda y por ello decidieron dedicarle un ciclo en la Sociedad de Conferencias. Con este pretexto decidieron que cada miembro del grupo estudiaría un aspecto particular de la cultura griega, y todos juntos leerían lo central de su literatura, pensamiento, así como de sus comentadores, entre ellos, el mejor conocedor del humanismo español, Marcelino Menéndez Pelayo (García Morales, 1992: 72-73).

A pesar de que las conferencias no se realizaron, el proceso de aprendizaje marcó el retorno y rescate de la cultura occidental, y en particular de las humanidades y de otras interpretaciones sobre la construcción no racional del conocimiento, (espiritualismo, intuicionismo). La cristalización institucional de este proceso fue la

creación de la Escuela de Altos Estudios en 1910, más tarde llamada Facultad de Filosofía y Letras, dentro de la Universidad Nacional refundada por Sierra.

Nos atreveríamos a señalar junto con los biógrafos de PHU que a partir de esta experiencia en la recreación del ágora, se logró sustentar la ruptura con el positivismo, pero más allá de eso, permitió que la vida de PHU se guiara por principios socráticos: le interesaba el mundo de la naturaleza humana, y practicaba la indagación y la exhortación. Su vocación y la que buscaba formar en discípulos era el mejoramiento constante de la vida interior, bajo una mentalidad secular orientada por el espíritu pensante y la razón moral. Fue un profundo crítico y su prédica moral fue el ansia de perfección, lo cual lo convirtió en el censor público de la obra de sus amigos.

Una de las anécdotas más notables sobre este aspecto se refiere a los comentarios que publicó en la *Revista Moderna* en 1909, a partir del ciclo de siete conferencias de Antonio Caso en la Escuela Nacional Preparatoria hacia 1910. A raíz del asunto, escribió dos ensayos titulados "El positivismo de Comte" y "El positivismo independiente". En la primera de ellas, después de hacer un recuento de las últimas opiniones y novedades sobre el positivismo, advierte: "He aquí condensadas opiniones que la crítica contemporánea formula sobre la filosofía de Comte. Antonio Caso no las desconoce, ni menos ignora su fuerza, y sin embargo, se ciñó a la rutina sectaria que hace aparecer al positivismo como el punto culminante de la revolución filosófica moderna". En "El positivismo independiente", escribe: "Si las tres conferencias de A. Caso sobre Comte y sus precursores significaron poco, por su falta de novedad y de crítica, las cuatro posteriores, consagradas al positivismo independiente, nos resarcieron en gran parte la deficiencia inicial" (Henríquez Ureña, S. 1993: 41).

b) *El positivismo*

Pedro Henríquez Ureña también se formó a la luz de la tradición positivista en Santo Domingo. Sabemos que ingresó al Liceo Dominicano en 1895, para estudiar el bachillerato siguiendo el Plan de Hostos, de inspiración Comteana por el que el alumno recorría peldaño a peldaño una escala que iba de la matemática abstracta a la sociología. La educación formal se compaginaba con la organización de veladas literarias, y la crítica filosófica, lo cual contribuyó con los años a

fortalecer su “espíritu de asociación” al organizar sociedades culturales y tertulias, pues estaba convencido de la eficacia del trabajo intelectual en grupos pequeños y activos, bien seleccionados y dirigidos (García Morales; 1992: 20). En esa época, también leería por primera vez el *Ariel* de José Enrique Rodó identificándose rápidamente con las ideas de la educación integral y la necesidad de los valores espirituales y estéticos, frente al materialismo y sensualidad de la cultura norteamericana.

Sin embargo, muchas de sus opiniones sobre los Estados Unidos, sufrirían importantes cambios, al viajar en 1901 a esa nación y reconocer que no era lo mismo vislumbrar la civilización a través de los libros que verla en los pueblos.

Pedro Henríquez Ureña recordaba que hacia 1907 su positivismo y optimismo se basaban en una lectura casi exclusiva de Spencer, Mill, Haeckel; reconocía que el positivismo le había inculcado la errónea noción de no hacer metafísica (palabra cuyo significado se interpretaba mal desde Comte), y a nadie conocía que no hiciera otra metafísica que no fuera la positivista, la cual se daba infulas de no serlo. Nuestro autor consignó en sus *Memorias*, rescatadas por Roggiano las siguientes afirmaciones,

Por fortuna siempre fui adicto a las discusiones; y desde que los artículos de Andrés González Blanco y Ricardo Gómez Robelo criticaron duramente mi optimismo y mi positivismo (el del libro *Ensayos Críticos*), tuve ocasión de discutir con Gómez Robelo y con Valenti esas mismas ideas; las discusiones fueron minando en mi espíritu las teorías que había aceptado. Por fortuna, una noche a mediados de 1907, (cuando ya el platonismo me había conquistado literaria y moralmente), discutíamos Caso y yo con Valenti: afirmábamos los dos primeros que era imposible destruir ciertas afirmaciones del positivismo; Valenti alegó que aún la ciencia estaba ya en discusión, y con su lectura de revistas italianas nos hizo citas de Boutroux, de Poincaré, de William James, de Papini... Su argumentación fue tan enérgica que desde el día siguiente nos lanzamos Caso y yo en busca de libros sobre el anti-intelectualismo y el pragmatismo. Precisamente entonces comenzaba el auge de éste y la tarea fue fácil. En poco tiempo, hicimos para nosotros la crítica del positivismo, comparamos James, Bergson, Boutroux, Jules Gaultier y una multitud de expositores

menos importantes, de los que pululan en la Biblioteca Alcan; volvimos a leer los maestros. Caso poseía desde entonces una biblioteca bastante completa de filósofos, yo me dediqué a obtener, en Europa, en Estados Unidos, en México y hasta pidiendo algunos libros de la biblioteca de mi padre, las obras maestras de la filosofía moderna: Bacon, Descartes, Pascal, Leibnitz, Spinoza, Kant, Hegel, Fichte, Schelling, Shopenhauer, hasta Comte (Roggiano, 1989: 77).

Esta larga cita ilustra un proceso de ruptura paulatina con el positivismo, a la luz de la confrontación de ideas en un clima intelectual tan propicio como el mexicano. Las ideas de Henríquez Urcña estaban llenas de matices: conocía bien los efectos corrosivos de la filosofía positivista que descalificaba como fuente de conocimiento aquéllos planteamientos y teorías que provenían de la metafísica (humanidades). Sin embargo, nuestro autor no tuvo recato alguno para reconocer los méritos de la educación positivista en la configuración de un modelo de razonamiento lógico y laico, útil para desterrar los efectos de la escolástica.

Lo anterior se ilustra al recordar que en 1908, junto con José María Lozano, Jesús Acevedo y Antonio Caso, organizaron una manifestación en contra de Francisco Vázquez Gómez quien criticó la educación positivista. Encabezaron un acto de desagravio a Porfirio Parra, entonces director de la Escuela Nacional Preparatoria, y de Gabino Barrera, debido a su temor por la vuelta del clero en materia educativa.

Alfredo Roggiano relata la marcha que tuvo lugar de la escuela preparatoria al teatro Virginia Fábregas donde algunos participantes criticaron la situación política de la época, así como a los positivistas que quedaban como falsificadores del espíritu original de esa filosofía. Justo Sierra exhibió en ese acontecimiento sus agudas críticas al modelo positivista, filosofía de la que abrevó su obra durante muchos años.

c) El modernismo

Uno de los elementos más importantes de la identidad cultural ateneísta consiste en su referencia constante al modernismo, con sus rasgos de libertad y de exigencia artística y cultural, corriente frente a la cual también delimitó sus fronteras y marcó matices importantes. En el caso de PHU, logramos detectar algunos elementos que demarcan la clara

influencia del modernismo en su pensamiento. En general el modernismo hispanoamericano ha sido clasificado bajo dos criterios básicos: El primero considera que se ha limitado a ver en el modernismo una escuela literaria atenta a la innovación formal o estilística, en la que sus autores serían seres marcados por el estigma de lo decadente y entregados al sacerdocio del arte puro, del arte por el arte. Este sería el modernismo por antonomasia representado por el primer Darío (Azul 1888 y Prosas profanas 1896) y sobre todo el de su legión de imitadores. El segundo criterio tiene un alcance mucho más amplio; ve en el modernismo una corriente espiritual que se expresa a través de determinados temas, motivos y elementos estilísticos, siendo un movimiento que marca toda una época y no se limita al campo de la literatura, sino que abarcaría las artes plásticas, la música, la religión, etcétera (Martínez Blanco, 1987; 96).

Bajo esta clasificación, en *Las Corrientes Literarias de la América Española*, Henríquez Ureña concilia el modernismo con el americanismo (concepto al que nos referiremos un poco más adelante en este apartado) y para ello distingue dos fases dentro del modernismo en lo que respecta al ámbito hispanoamericano. Una inicial caracterizada por el exotismo y afrancesamiento, otra posterior que sitúa en 1906 fecha en que se publica *Alma americana* de José Santos Chocano, en la que harían su entrada los temas y motivos americanos (Henríquez Ureña, 1949: 176). Aquí la coincidencia con su hermano Max es importante, pues éste último en su *Breve historia del modernismo* de 1954 habla de una sucesión cronológica entre las dos fases: la primera caracterizada por el culto preciosista de la forma, (temas exóticos, símbolos elegantes como el cisne o la flor de lis) la segunda, en cambio sería aquella en la que “el ansia de lograr una expresión artística cuyo sentido fuera genuinamente americano es lo que prevalece”. Sin embargo, Max Henríquez Ureña, marca el inicio de esta segunda etapa, no en 1906 sino en 1900, y estaría representada por obras como el *Ariel* de Rodó (1900), *Alma Americana*, y en poesía por los *Cantos de la vida y esperanza* de Darío (1905), *Las Odas seculares* de Lugones (1910), etcétera. (Henríquez Ureña Max, 1962).

Estos criterios de clasificación y a la vez de definición del modernismo nos permiten ubicar algunos de los parámetros modernistas que impactaron la obra de nuestro autor. Un primer elemento a rescatar, consiste en la simpatía de PHU por el debate encabezado por Darío y Rodó entre otros, en torno a la raza latina y su oposición a la raza sajona, que

permitieron la fundación del mito modernista sobre la oposición entre Calibán (la cultura materialista) frente a Ariel (cultura idealista), es decir, la cultura utilitarista frente a la concepción estética de la vida. Estas ideas fundaron el sentimiento de la raza latina, y sentó las bases para que la generación de Henríquez Ureña encabezara su enconado ataque al positivismo.

Consideramos que nuestro autor también tuvo una influencia importante del principio de unión de los pueblos hispánicos representativo de la mentalidad modernista, el cual se exacerbaba a fines del siglo XIX al perder España, la última de sus colonias. En los últimos años del siglo pasado, se produce un interesante proceso de identificación de la raza (concepto biológico), con la unidad espiritual e intelectual entre los pueblos que a ella pertenecen. Pudimos ubicar en este tiempo una concepción de la raza de Miguel de Unamuno que sin duda, encarnó el ideal de Henríquez Ureña sobre la unidad hispanoamericana. Al respecto aquel poeta escribió:

... cada día creo menos en eso de las razas y más en el poder de la sugestión y de la educación e imitación... me parece que más que con la sangre, les va a los sudamericanos el españolismo con la lengua, sangre del espíritu, en la que reciben en potencia todo un modo de pensar y concebir y con las costumbres y hábitos y tradiciones populares. Quien hable en español, piense en español, quiéranlo o no, y aunque ni lo crea ni lo sepa (Martínez Blanco, 1987: 79).

Esta definición unamuniana de la raza en sentido espiritual, como depositaria de una tradición histórica y cultural y cuyo vehículo era la lengua, es el sustento de la utopía de América de PHU, quien vio en aquella un vínculo de identidad cultural y en la literatura su expresión más perfecta.

Para los estudiosos de los procesos culturales en hispanoamérica como María Teresa Martínez Blanco, el mito de la raza hispánica latina, satisfizo el anhelo de evasión propio del modernismo, para refugiarse en el reino de la utopía. Descontentos con la realidad y opuestos a la América Sajona, se fabricaron una España idealizada con base en la selección de atributos positivos: nobleza, valentía e idealismo. Esta sugerente hipótesis, podría ser extensiva al mismo Henríquez Ureña, cuyo pensamiento utópico mucho tuvo que ver con la dificultad de

aceptar y asimilar la realidad hispanoamericana, y el engarce de su vida con ella. Coincidió con la idealización de España pero no a partir de sus virtudes sino en la construcción de su pasado.

El desarraigo como una forma de vida: un extranjero en América

Una de las constantes presentes en la biografía de PHU radica en la inestabilidad bajo la que fluctuó su actividad académica, lo que condujo no sólo a los vaivenes económicos sino a impedir su afianzamiento en tierras nuevas. El resultado de este proceso fue la fundación de la utopía de pertenecer, guiada por un ideal del mestizaje espiritual que en realidad expresaba su condición constante de extranjero. Algunos incidentes y un listado de sus viajes y lugares de residencia ilustran el estrecho vínculo existente entre la "Utopía de América" como la utopía personal de Pedro Henríquez Ureña.

Hispanoamérica como patria

Es bien sabido que nuestro autor trabajó en diversas publicaciones en las que no hizo huesos viejos, gracias a la constante defensa que realizó de la autonomía intelectual y a sus escasas dotes diplomáticas. En 1906 fundó junto con Arturo R. Corricarte en Veracruz la *Revista Crítica* que pretendía convertirse en un periódico internacional que posibilitara la difusión de la literatura, ciencias y artes del Nuevo Mundo. Esta publicación apoyaría el surgimiento de la entidad llamada Asociación Literaria Internacional Americana. En mayo del mismo año, PHU ya se encontraba como redactor de *El Imparcial*. Ahí elaboró crónicas teatrales y buscaba noticias en ministerios y en la Cámara de Diputados. Para entonces recuerda nuestro autor:

Precisamente las crónicas de estas funciones fueron el origen de mis dificultades con Rafael Reyes Spíndola, director de *El Imparcial* a quien no conocí sino meses después de trabajar en su periódico; tomaba muy a pecho la cuestión teatral y tuvo cierto enojo porque no expresé en una de mis crónicas una opinión que él quiso sugerirme, pero que yo no había entendido (Roggiano, 1989: 42).

Henríquez Ureña sobrevivió en aquél periódico, aunque por poco tiempo gracias a la intervención del doctor Lara Pardo. Su trabajo aumentó y llegó a ser durísimo pues tenía a su cargo la traducción de noticias del *Mexican Herald* que se entregaban a *El Imparcial* en pruebas de imprenta en inglés. En 1907, PHU se encontraba escribiendo junto con Max en el periódico de Sánchez Azcona llamado *El Diario*, el cual le ofrecía una mayor retribución. Cabe recordar que en esas fechas también encabezó la protesta intelectual contra la publicación de una revista que retomaba el nombre de la *Revista Azul* de Gutiérrez Nájera, y en 1907 encabezada por Manuel Caballero. No hizo huesos viejos en el último periódico citado, y habiéndose quedado sin medios para subsistir, se dedicó a buscarlos en el comercio: obtuvo un empleo en la compañía de seguros "La Mexicana" y permaneció en el de julio de 1907 a diciembre de 1909.

En este lapso se presentó una de las muchas oportunidades fallidas de PHU dada su condición de extranjero. Una de ellas se presentó cuando Antonio Caso le solicitó a Justo Sierra que le diera la Secretaría de la nueva Escuela Superior Nocturna, la cual él dirigía, pero Don Justo alegó que le habían recomendado a Juan Ruíz Esparza, joven que acababa de recibir su título de abogado y siendo este mexicano, tenía que darle la preferencia (Roggiano, 1989: 86).

Nunca como en su segunda estancia en México en los años veinte, buscó PHU el arraigo: se casó con Isabel Lombardo Toledano, construyó su casa y nació Natacha, su primera hija. Fue nombrado profesor de la Escuela Nacional Preparatoria y director de intercambio universitario. Su utopía personal, se enganchó rápidamente con el proyecto educativo Vasconcelista; eran tiempos en los que PHU planteaba la necesidad de asimilar lo universal desde lo propio, de ahí su entusiasmo por el nacionalismo cultural. La revolución era la oportunidad para revisar críticamente el pasado y de reconciliación con el mismo. Eran días en que creyó en la posibilidad de echar a andar la utopía de América. Había que acceder a la universalidad, dando el alfabeto a los hombres, así como la cultura que subyacía a tan entrañable lengua.

Años después, en una carta a Daniel Cosío Villegas, explica los motivos de su partida,

La gente comprende muy difícilmente a quien trata de proceder de manera racional; pero tú sabes cuáles son los motivos racionales de mi conducta. Yo decidí salir de México en 1922 y lo realicé en

1924, porque comprendí que aquel país es demasiado intranquilo para el reposo a que tiene derecho un hombre que entra en la madurez. No llamo a México país intranquilo a causa de las revoluciones aunque también las haya: es un país de intranquilidad moral, intranquilidad que se refleja en todos... Si siquiera en México se tolerara mejor al extranjero, yo podría haberme quedado a trabajar por el país: creo que la expresión no resulta presuntuosa en mí. Pero es demasiado el esfuerzo (e inútil) de hacerles comprender allí a mucha gente lo que es el acto desinteresado. Para agravar las cosas, mi único o principal modo de trabajar en México, tiene que ser en puestos oficiales, y eso hace todavía más difícil hacer comprender las cosas a la gente acostumbrada a juzgar a los demás según su propia mezquindad (Krauze, 1986: 28).

A partir de este crudo balance, y al revisar la temática de las obras del autor, cabe destacar que PHU no volvió a referirse en sus escritos al futuro de la patria hispanoamericana con el tono optimista que siempre le caracterizó hasta 1926. En sus obras subsecuentes se referirá a ella echando luz no hacia adelante, sino urgando constantemente en el pasado literario, estético, moral e histórico de la entraña española del continente americano.

Su experiencia vital de desarraigo en Argentina no fue del todo distinta a la vivida en México. Juan Jacobo de Lara describe cómo al incorporarse al Colegio Nacional de la Plata en 1924 fue recibido con frialdad por los profesores, dada su condición de extranjero. En 1926 Juan José Arévalo quien sería años después presidente de Guatemala, conoció en la Universidad de la Plata a PHU. En una carta expone que en ese entonces el autor era profesor suplente, pues no había conseguido elevarse a la categoría de profesor titular porque existía una corriente adversa a él dentro del profesorado y de los estudiantes de literatura de cursos superiores. Henríquez Ureña estaba catalogado como un profesor revolucionario, representante de corrientes filosóficas renovadoras y las autoridades de la facultad de aquellos años preferían mantener los estudios bajo una línea conservadora y academicista (Henríquez Ureña, Sonia, 1993: 113).

Los problemas no terminaron ahí, según el testimonio de su amigo Rafael Alberto Arrieta, quien observaba en 1930 que PHU se sentía agobiado con tanta actividad dispersa, le propuso que optara a la

suplencia de una de sus propias cátedras en la Facultad de Humanidades. Efectivamente obtuvo el cargo, dictó anualmente las clases reglamentarias e integró las mesas examinadoras, pero una resolución del Consejo Académico dispuso que sólo podían ser profesores titulares los argentinos nativos y extranjeros naturalizados. Henríquez Ureña creyó que la ordenanza le estaba particularmente dirigida a él y renunció (Henríquez Ureña, Sonia, 1993).

Quizás la experiencia de desarraigo más difícil de asimilar fue para PHU la de volver a la República Dominicana en 1931, dada la crítica situación política por la que atravesaba Argentina. Henríquez Ureña fue invitado por el gobierno dominicano encabezado por Trujillo, a ocupar la Superintendencia de Enseñanza, mientras que su hermano Max fue nombrado secretario de Estado. Ahí desempeñó múltiples funciones: dictó en la Universidad de Santo Domingo, un curso de literatura española que constituyó el primer paso hacia el restablecimiento de la Facultad de Filosofía y Letras. Asimismo, en la sociedad de Acción Cultural, presentó un curso breve acerca de la historia del Teatro en Europa y América, dirigió la *Revista de Educación*. La estancia de Pedro en su entrañable Santo Domingo como Superintendente fue del 15 de diciembre de 1932, hasta el 15 de junio de 1933. Su autonomía y libertad intelectual le impidieron involucrarse en vericuetos de la burocracia dominicana, autoritaria y cerrada como su dictador. Solicitó una licencia al gobierno y salió sigilosamente hacia Francia (enviando previamente a su familia para allá) (De Lara, 1975: 112).

Al volver a Buenos Aires en agosto de 1933, reinició la vorágine de actividades en la que permanecería envuelta su vida hasta 1946: continuó con sus cátedras en La Plata, y en el Instituto del Profesorado. Trabajaba también en la biblioteca de Dialectología y en el Colegio Libre de Estudios Superiores. Continuó con sus colaboraciones en las revistas *La Nación*, *Sur* y *Revista de Filología Española* entre otras. En 1936 rechazó la embajada de la República Dominicana en Argentina, pues según decía no cometería dos veces el mismo error con Trujillo.

Hacia 1944, se vivía en Argentina una grave situación de crisis; en esos días PHU aparecía señalado entre los posibles candidatos a una cesantía; por ello en 1945 Daniel Cosío Villegas consiguió a través de El Colegio de México, ayuda de la Fundación Rockefeller, en caso de que Pedro se trasladara a México para crear el Centro de Estudios Literarios de América Latina, una oportunidad que le daría por fin el reposo que siempre anheló. Sin embargo, Pedro no tuvo tiempo para un viaje más.

El itinerario de un viajero: Pedro Henríquez Ureña

- 1901-1904: Emigra hacia los Estados Unidos y radica en Nueva York.
- 1904: Se reúne en Cuba con su padre.
- 1906-1914: Primera estancia en México. Inicia su trabajo como corresponsal de *El Heraldo de Cuba* en Washington.
- 1914-1915: Inicia sus cátedras en las Universidades de Minnesota y Berkeley, y su trabajo para el diario cubano.
- 1915: Breve estancia en Nueva York.
- 1917: Viaja a España y se reúne con Alfonso Reyes, pero permanece allá por poco tiempo, dado lo escaso de la paga. Se vinculó con el Centro de Estudios Históricos.
- 1917-1918: Continúa sus cátedras en Estados Unidos.
- 1921-1924: Segunda estancia en México, como profesor de la Escuela Nacional Preparatoria y Director de Intercambio Universitario.
- 1919: Vuelve a España y publica su ensayo "El endecasílabo castellano".
- 1922: Viajes a Brasil y Argentina en la comitiva de José Vasconcelos. Estrecha amistad con Rafael Alberto Arrieta.
- 1924: Arriba, en junio, a Buenos Aires, para incorporarse al Colegio Nacional de La Plata, donde radica.
- 1930: Se muda a Buenos Aires, pero continúa sus cátedras en La Plata.
- 1931: Vuelve a la República Dominicana a ocupar la Superintendencia de Educación.
- 1933: En junio renuncia al cargo y vuelve a Buenos Aires, previa visita a su padre en París.
- 1940-1941: Ocupa la Cátedra Charles Eliot Norton de la Universidad de Harvard. De esta experiencia deriva su libro: *Historia de las Corrientes Literarias en la América Española*. En los nueve meses que permaneció en Estados Unidos, visitó el Massachusetts Institute of Technology en Cambridge, el Instituto de las Españas en Nueva York, el Smith College de Northampton, el Willesley College, el Fletcher School of Law and Diplomacy de Medford. Asistió a la inauguración de la Sociedad Panamericana de Massachusetts. Antes de volver a la Argentina, pasó unos días en Cuba y rehusó una

invitación de Daniel Cosío Villegas y Alfonso Reyes para venir a México.

*La pluma errante de Pedro Henríquez Ureña:
Colaboraciones en revistas y periódicos*

- 1900, Santo Domingo: *Revista Literaria, Nuevas Páginas, La lucha.*
 1904, Cuba: *Cuba Literaria.*
 1904, Santo Domingo: *La Cuna de América.*
 1906, Véase, México: *Revista Crítica.*
 1906, México: *El Imparcial, Savia Moderna.*
 1907, México: *El Diario, El Fígaro.*
 1908-1910, México: *Revista Moderna.*
 1914, Cuba: *Revista Bimestral Cubana, Cuba Contemporánea, Habana Elegante.*
 1914-15, EUA: *El Heraldo de Cuba, corresponsal en Washington.*
 1915, NY, EUA: *Las Novedades.*
 1921, España: *Revistas de Filología Española, Revieu Hispanique,* Francia.
 1922, México: Colaboración en el periódico *El Mundo* de Martín Luis Guzmán.
 1925, La Plata, Argentina: *Valoraciones.*
 1930, Buenos Aires: *La nación y Sur.*
 1944, Buenos Aires: *Revista de la Universidad de Buenos Aires, y Boletín de la Academia de Letras.*

Una obra y legado que sí echó raíces: un breve recuento

- 1905: *Ensayos Críticos.*
 1910: *Horas de Estudio, y la Antología del Centenario, en colaboración con Luis G. Urbina y Nicolás Rangel.*
 1913: *Tablas Cronológicas de la Literatura Española.*
 1918: *La versificación irregular en la poesía castellana.*
 1922: *En la orilla, mi España. La utopía de América.*
 1929: *Seis Ensayos en busca de nuestra expresión.*
 1936: *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo.*

- 1937: *Antología clásica de la literatura argentina* en coautoría con Borges; contribuye a un capítulo sobre la cultura española en la Edad Media, desde Alfonso el Sabio, hasta los Reyes Católicos, en la *Historia de la Nación Argentina*.
- 1938: *Gramática Castellana* en coautoría con Amado Alonso. Con la editorial Losada se incorpora al proyecto de publicación de 100 obras de las cuales prologó 20, hasta 1946.
- 1940: *Plenitud de España*.
- 1944: Colabora en el establecimiento del Fondo de Cultura Económica en Argentina. Funda la Biblioteca Americana.
- 1946: *Historia de la cultura en la América Española*.
- 1949: *Las corrientes literarias en la América Española*.

Conclusiones

El recorrido por la vida de Pedro Henríquez Ureña, objetivo fundamental de este ensayo, ha pretendido mostrar cuales fueron los móviles de una obra cuyo impulso fundamental tuvo que ver con la experiencia del desarraigo.

La dimensión utópica del pensamiento del autor, tiene como eje constitutivo la existencia de una esencia hispanoamericana que redimiera cultural y espiritualmente a sus pueblos, y que lo salvara a él, dominicano errante, para encontrar en toda América y a la vez en ninguna parte de ella, un lugar cercano al ideal común de la patria. De ahí que descubriera en la comunidad de la lengua española la expresión de una filosofía del mundo, cuyo fruto máspreciado era la literatura.

Adentrarnos en su pensamiento nos transmitió una sensación del autor de desasociado, a veces de angustia por no pertenecer, por la imposibilidad de echar raíces, teniendo como dique poderoso su propia exigencia intelectual, su ansia de perfección, su libertad de pensamiento, tan legítima y tan cara. Pedro Henríquez Ureña no tuvo el mérito de crear e imaginar su propia obra, pero tuvo la generosidad de reconstruir nuestra memoria cultural, al rescatarla del olvido colectivo. Nos devolvió el orgullo de una identidad mestiza cuya alma radicaba en las expresiones cotidianas más exquisitas de la vida artística y cultural, es decir en una forma particular y única de ver el mundo, expresión máxima de los pueblos con espíritu.

Su legado debe ser comprendido bajo un marco de referencia más amplio, que explique su papel en la generación de intelectuales herederos del modernismo y principales lapidarios del mismo. En la ensayística de los herederos del espíritu modernista (los atencistas), se advierte un marcado giro con respecto a las ideas de sus padres intelectuales: hay en muchos de ellos una reivindicación de lo propiamente americano, de las masas de indios y mestizos que el modernismo había conscientemente ignorado.

Hay quien ha observado con acierto que esta vuelta a lo autóctono supone una reacción contra el positivismo, desde el momento que valora lo que éste había condenado: la raza y naturalezas americanas (Martínez Blanco, 1987: 175).

Pedro Henríquez Ureña y otros atencistas comprendieron bien el horizonte histórico en la que su sentido de misión, de vocación se desempeñaría. Juan José Arrom señala tres grandes acontecimientos que marcaron esta época: La Guerra del 98 en España, con la que pierde a la última de sus colonias y se adentra en una profunda crisis de identidad al desmoronarse su personalidad imperial; la Revolución Mexicana que logró desnudar la realidad socioeconómica y política, más allá de sus fronteras geográficas; y finalmente el estallido de la Primera Guerra Mundial. Europa había sido hasta entonces la principal mentora del joven continente, y era protagonista de la irracionalidad de la guerra. Esto condujo a muchos intelectuales hispanoamericanos, a poner en tela de juicio la solidez de aquellos valores y principios tradicionales.

En el caso de los atencistas en general y de Pedro Henríquez Ureña en particular, encontramos a diferencia de la corriente predominante, el rescate del mito modernista de la identidad iberoamericana, pero con un énfasis que lo aleja de aquella generación finisecular, pues ve en el mestizaje espiritual una veta de identidad poco explorada. Así, Henríquez Ureña resuelve el problema de la originalidad de nuestra América, en el rescate del legado humanista de la cultura latina de la que España era heredera, el cual sería asimilado, con los ojos, el paisaje, y la historia únicos de este continente. Su esfuerzo lo encaminó justamente a demostrarnos, cómo en realidad, Hispanoamérica había encontrado finalmente su propio camino, engarzando lo universal, bajo una expresión particular y única.

A Pedro Henríquez Ureña sólo le alcanzó la vida para contarnos esta historia y para formar muchas vocaciones, entre ellas, la suya.

Bibliografía

- Arrom, J.J., *Esquema generacional de las letras hispanoamericanas. Ensayo de un método*, Bogotá, 1977.
- Borges, Jorge Luis, "Pedro Henríquez Ureña" en *Pedro Henríquez Ureña: Obra crítica*, México, FCE, 1960.
- Botomore y Robert Nisbet, (comps.), *Historia del análisis sociológico*, Buenos Aires, Amorrortu, 1988.
- Castro Leal, Antonio, "Pedro Henríquez Ureña, humanista americano", en *Repasos y defensas*, Antología, México, FCE, 1987.
- De Lara, Juan Jacobo, *Pedro Henríquez Ureña. Su vida y su obra*, Santo Domingo, UNPHU, 1975.
- Garcia Morales, Alfonso, *El Ateneo de México. (1906-1914). Orígenes de la cultura mexicana contemporánea*, Sevilla, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1992.
- Henríquez Ureña, Max, *Breve historia del modernismo*, Buenos Aires, S/E, 1962.
- Henríquez Ureña, Pedro, *Historia de la cultura en la América Hispánica*, México, FCE, 1947.
- _____, "La obra de José Enrique Rodó", en *Conferencias del Ateneo de la Juventud*, (Juan Hernández Luna, comp.) México, UNAM, 1962.
- _____, "Las universidades como instituciones de Derecho Público", "La Universidad" y "La influencia de la Revolución Mexicana en la vida intelectual de México", en *Universidad y educación*, Antología, México, UNAM, 1969.
- _____, a) "La utopía de América", b) "Raza y Cultura", c) "Caminos de nuestra historia literaria", d) "La cultura de las humanidades", e) "El descontento y la promesa", f) "La América Española y su originalidad", g) "La filosofía en la América Española", h) "Aspectos de la enseñanza literaria en la escuela común", i) "Vida espiritual en Hispanoamérica", j) "Patria de la justicia", en *La Utopía de América*, (Angel Rama y Rafael Gutiérrez, comps.), Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978.
- _____, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, México, FCE, 1949.
- Henríquez Ureña, Sonia, *Pedro Henríquez Ureña: Apuntes para una biografía*, México, FCE, 1993.

- Kateb, George, "Voz Utopía", en *Enciclopedia internacional de las ciencias sociales*, Madrid, Aguilar, t. 10, 1977.
- Krauze, Enrique, "El crítico errante: Pedro Henríquez Ureña", en *Memoria del Segundo Encuentro sobre Historia de la Universidad*, (José Luis Barros Horcasitas, comp.), México, UNAM, 1986.
- Manuel E. Frank (comp.), *Utopías y pensamiento utópico*, Madrid, Espasa Calpe, 1982.
- Martínez Blanco, María Teresa, *Identidad cultural de Hispanoamérica. Europeísmo y originalidad americana*, Madrid, Universidad Complutense, 1987.
- Matute, Alvaro, "El Ateneo de la Juventud: grupo, asociación civil, generación", en *Mascarones-2*, México, UNAM, 1984.
- Roggiano, Alfredo, *Pedro Henríquez Ureña en México*, México, UNAM, 1989.